

ciales, y llegado al del *Miserere*, empeçó á desatar los cordones del cuello, muy despacio, y dijo, vueltos los ojos házia su casa:—¡Ay, hijos míos, y mi querida mujer, y cuáles os dejo!— Y entonces fray Domingo de Salazar, obispo que agora de las Filipinas, le dijo:—No es tiempo este, señor, que haga vuesa merced eso, sino mire por su ánima, que yo espero en Nuestro Señor, de aquí se yrá derecho á gozar dél, y yo le prometo de dizille mañana una misa, que dia de mi padre Santo Domingo.—Entonces prosiguió en sus salmos, y el frayle se volvió al pueblo y dijo:—Señores, encomienden á Dios á estos caballeros, aquellos dizen que mueren justamente. Y se volvió á Alonso de Ávila y le dijo:—¿No lo dize vuesa merced así? Y él dijo que sí, y se hincó de rodillas, bajándose el cuello del jubon y camisa: y era de ver lo que temia la muerte. Atáronle los ojos con una venda, y ya que yba á tenderse, alçó la mano, y se descubrió, y dijo de secreto al frayle ciertas palabras; y luego le tornaron á vendar, y se puso como se abia de poner, y el cruel verdugo le dió tres golpes, como quien corta la cabeça á un carnero, que á cada golpe que le daba ponía la jente los gritos en el cielo. De esta manera acabaron estos desdichados caballeros, dejando la tierra muy lastimada y confusa si morian con culpa ó sin ella.

ENTIERRO DE LOS DOS HERMANOS.—Otro dia era juicio ver los que echaban todos, diciendo yban mártires y que no debian la muerte. Todo esto se podía echar al amor que les tenian; hablaban con muncha desenvoltura, y no echaban las

palabras en un pozo, que huardáronlas para tiempo, que las pagaron munchos muy pagadas, quando se hizo la pesquisa de aquellos señores, que despues fueron, que fué el liçenciado Jaraba del Consejo Real; y el liçenciado Alonso Muñoz, del de Yndias, y el doctor Carrillo, alcalde de casa y córte. Muertos estos caballeros, tomaron los cuerpos y lleváronlos á enterrar á la yglesia del señor San Agustin, donde tenia Alonso de Ávila su entierro (fueron acompañados de toda la çidad), y las cabeças se pusieron en la horca. Acabóse esta justiçia de hazer como á las onze ó doze de la noche, la qual no lo pareçia ser, sino de dia y quando el sol dá más claridad, segun la çera y luminarias que abia. Para que se considere lo que el mundo, vino á hazerse el tablado para en que muriesen estos caballeros tan ricos, que fué menester un caballero de lástima enviase un repostero en que los tendiesen y matasen, pues no abia falta dellos en casa de qualquiera de los dos, sino que en todo fueron desdichados. No lo sean sus ánimas, plega á Nuestro Señor.

AGRAVIO QUE HIZO GIL GONÇALEZ DE BENAVIDES Á SU HERMANO.—Por el suceso destes caballeros y fin que tuvieron, se ve claramente pagar los hijos por los padres. Ellos eran hijos de Gil Gonçalez de Benavides, y de doña Leonor de Alvarado, el qual quieren dizir hizo çierto agravio y engañó á un hermano suyo que se llamaba Alonso de Ávila, conquistador que fué de la Nueva España, á quien dieron por repartimiento el queste caballero, su hijo, tenia, defraudándole y negándole el contrato que entre los dos ubo; de

suerte que se quedó con los pueblos Gil Gonçalez, y el otro hermano murió casi desesperado: y dizen que le maldijo, y pidió á Dios fuese servido hazelle justicia y que su hermano ni sus hijos gozasen su hazienda, y así fué.

EN LO QUE PARARON LOS HIJOS DE GIL GONÇALEZ.—Tuvo Gil Gonçalez quatro hijos, tres varones y una hija, y todos tuvieron desastradísimos fines, así la hija como los hijos. De los dos ya sabemos, que fueron los que acabamos de dizir: de los otros, el uno, siendo niño chico, se le ahogó en unas letrinas; la otra hermana, que tenían sobre los ojos y muy huardada para casalla, conforme á su calidad, vino el diablo, y solizitó con ella y con un moço mestizo y bajo, en tanto extremo que áun paje no mereçia ser, y enrrédalos en unos muy tiernos amores, metiendo cada uno prenda para perpetuarse en ellos, con notable despojo que se hizo al onor de sus padres, dándose palabras de casamiento.

SUÇESO EXTRAÑO DE LA HERMANA DE ALONSO DE ÁVILA, LA MONJA.—No fué el negoçio tan secreto que no se vino á entender y sabello el Alonso de Ávila y sus deudos; y sabido, con el mayor secreto que fué posible, no queriendo matar al moço (el qual se llamaba Arrutia), y por no acabar de derramar por el lugar su ynfamia, le llamaron en çierta parte muy á solas y le dijeron, que á su notiçia abia venido quel abia ymajinado negoçio, que si como no lo sabian de çierto lo supieran, le hizieran pedaços, mas que por su siguridad dél le mandaban que luego se fuese á España, y llevase çierta cantidad de ducados (que oí dizir fueron como

quatro mil), y que sabiendo estaba en España, y vivia como hombre de bien, siempre le acudirian, y que si no se yba le matarian quando más descuydado estoviese; y que luego desde allí se fuese, y con él un deudo hasta dejallo embarcado, y que nayde lo supiese, y que el dinero ellos se lo ynviarian tras él. Así lo hizo, que luego se partió y llegó al puerto, y allí se embarcó y se fué con el dinero que le abian dado, y todos los años, ó los más, le ynviaban socorro. Como no se despidió de la señora, ni ella supo dél, estaba con grandísima pena, y un dia, quando más descuydada, le dijo su hermano Alonso de Ávila:—Andad acá, hermana, al monesterio de las monjas, que quiero, y nos conviene, que seais monja (y abeislo de hazer), donde sereis de mí y de todos vuestros parientes muy regalada y servida; y en esto no a de aber réplica, porque conviene.—Ella, sabe Nuestro Señor cómo lo açetó, y luego la llevó á ancas de una mula, su hermano, y la puso y entregó á las monjas, las quales le dieron el ábito, y le tuvo muchos años, que no queria profesar, con la esperança que tenia de ver á su moço.

AHORCÓSE LA MONJA.—Visto y entendido della, esto, finjeron cartas que era muerto, y dijéronselo, y sintiólo gravemente, y luego hizo profision y vivia una vida tristísima. Pasados más de quinze ó veynte años, el Arrutia, harto de vivir en España y deseoso de volver á su tierra (y ya no le daban nada, y ella era monja profesada), determina de venir á las Yndias y á Mexico, y pone en execucion su viaje, y llega al puerto y á la Veracruz, ochenta leguas de Mexico, y

allí determinó estar unos dias hasta saber cómo estaban los negoçios, y la siguridad que podia tener en su venida. Como dize el proverbio antigo que, «quien bien ama, tarde olvida ó nunca,» así él, que todavía tenia el ascua del fuego del amor viva, determina escribir á un amigo, que avisase á aquella señora como era vivo y estaba en la tierra; y luego la avisaron, y como ella oyó tal nueva, dizen cayó amortecida en el suelo, que le duró gran rato, y ella no dijo cosa, sino empeçó á llorar y sentir con menoscabo de su vida verse monja y profesa, y que no podia goçar del que tanto queria. Con estas ymajinaçiones y otras, dizen perdió el juicio, y se fué á la huerta del monesterio, y allí escojió un árbol donde la hallaron ahorcada. Las monjas la tomaron y hizieron sus averihuaçiones y hallaron questaba loca: y así lo creo yo y se debe creer.

Este fin tuvieron todos los hijos de Gil Gonçalez de Benavides, por çierto lastimosos y dignos que todos los que lo supieren rueguen á Nuestro Señor por sus ánimas, y las tenga en su gloria.



CAPITULO XXXV,

que trata de la venida del marqués de Falçes, don Gaston de Peralta, por virrey de Mexico y de la Nueva España, y lo que más suçedió.

DESPUES de aber hecho justiçia de Alonso de Avila y su hermano, se dizian munchísimas cosas y ya no se trataba de otra, y muchos prometian de que abia de costar caro aquellas muertes, porque abian muerto sin culpa. Glosando sus confisiones, así las del proçeso como las que abian hecho retificándose en el tablado quando murieron (que llanamente condenaron al marqués y á su hermano don Luis Cortés), y lo que el frayle dijo antes que cortasen la cabeça á Alonso de Ávila, que lo oí yo, porquestaba tan çerca del tablado que tenia mi caballo la